

# Pedagogía del tiburón

## Meritocracia y estado en la utopía neoliberal



Laura Martínez\*

La publicidad de un auto que organizaba su discurso en torno a los meritócratas como “una minoría que no para de avanzar” interpelando a que cada uno tenga lo que se merece en proporción a su esfuerzo, desató varias críticas en las redes sociales, parodias y hasta algunos posicionamientos desde el ámbito académico advirtiendo sobre la justificación de la desigualdad que sostiene a toda idea meritocrática. De hecho, ya desde la segunda mitad del siglo XX, las teorías reproductivistas en educación desmascararon el discurso del mérito como ficción que –aún con procesos de resistencia puertas adentro y afuera de la escuela- circula y opera en las instituciones educativas reproduciendo las relaciones de desigualdad social. Más allá del ámbito educativo, la ficción meritocrática se apoya en la fuerza de una premisa instalada en el sentido común sobre el esfuerzo individual y el mérito personal como ordenadores de los merecimientos, los éxitos y los fracasos, y diversos estudios lo vinculan a lo que Max Weber describió como la ética protestante del trabajo y el lugar que asume en el horizonte ideológico capitalista. Las críticas a la publicidad en cuestión tuvieron como denominador común, una misma clave de interpretación de premisas y discursos que comenzaron a sostener los representantes del nuevo gobierno nacional entrante en diciembre de 2015 sobre la “meritocracia”, “la cultura del trabajo y el esfuerzo” que promueve todo un funcionariado formado en circuitos educativos privados de la “elite”. La antropóloga Victoria Gessaghi ha reconstruido el modo en que esta narrativa destaca el mérito borrando la herencia, en un sector social que construye sus trayectorias profesionales y educativas en torno a genealogías familiares y tramas de relaciones forjadas indisolublemente en estos circuitos de socialización y privilegios<sup>1</sup>.

1. <http://tiempoar.com.ar/articulo/view/59586/>

Más allá de las precisiones y debates académicos sobre el tema, mi aporte intenta dirigirse a dimensiones de análisis que contextualicen el ascenso de estos significados registrando su inscripción en procesos específicos del contexto argentino reciente. En primer lugar, analizo la ideología del mérito como una retórica oportunista que se despliega en un contexto donde la nueva gestión debe disputar con la sociedad la ruptura de un modelo de estado. Asimismo, abordo “instantáneas” de nuestro presente que nos hablan del horizonte educativo y cultural del neoliberalismo, como sistema que puede ahora desplegarse sin el control (relativo) de un Estado fuerte y la orientación redistributiva clausurada a partir de la salida del gobierno kirchnerista.

\* Licenciada en Ciencias Antropológicas y miembro de la Comisión Editorial del Boletín del Programa de Antropología y Educación, ICA, FFyL, UBA. ([lauvicmartinez@yahoo.com.ar](mailto:lauvicmartinez@yahoo.com.ar))

Para comenzar, deberíamos considerar que los “nuevos” discursos desde el Estado se vinculan con representaciones sociales extendidas –y para nada “nuevas” en la sociedad-. Al respecto nos parece válido recurrir a lo que hemos pensado en nuestro trabajo como “clasificaciones morales” sobre los destinatarios de políticas de transferencias de ingresos, más conocidos como “planes sociales”. En concreto, queremos destacar que desde el año 2008 venimos registrando en las escuelas de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires que atienden a población que reside en villas, cuestionamientos más o menos explícitos sobre los destinatarios de esas políticas sociales orientadas por categorías y adjetivaciones de orden moral. El percibimiento de ayudas económicas que se materializaron en políticas como la Asignación Universal por Hijo, ha sido interpretado en estos años como una modalidad de relación con el Estado que fomenta la desidia, característica opuesta a una cualidad reiteradamente celebrada por los discursos que intentan convertirse en dominantes: el esfuerzo y “la cultura del trabajo”, slogan del que hace uso también la mayor parte de la clase política. Ante esto vamos a señalar que en los contextos cotidianos, la desidia de los pobres que perciben planes –o los reclaman– se afirma por medio de la invisibilización de las prácticas de subsistencia informales “como trabajo”, y asimismo las condiciones estructurales de vida –como la falta de acceso a empleos registrados y las condiciones laborales de precarización y explotación– son disociadas del merecimiento de “los planes”.

En los últimos meses, la entrada de la ideología meritocrática en las escuelas ya ha sido cuestionada por los trabajadores de la educación, no solamente porque responde a concepciones individualistas y de competencia entre maestros sino también como aspecto de reformas educativas que son, como se ha demostrado en el caso de México, profundas reformas laborales de corte neoliberal.

Más allá de los ámbitos cotidianos, las dinámicas de clasificación implícita entre “buenos” y “malos pobres” y los esquemas morales que las sostienen, deben inscribirse en procesos discursivos más amplios y las lógicas de debate y construcción de “dilemas morales” en torno a las transferencias de ingresos como políticas de Estado, al que fueron contribuyendo políticos, periodistas y los medios de comunicación en general.<sup>2</sup> Explicitamos la hipótesis de que algunos aspectos de este “debate” fueron apropiados estratégicamente por el gobierno entrante a finales de 2015, –que si bien no ha recordado (aún) los programas de transferencia de ingresos, ya ha generalizado estrategias de desmantelamiento en todas las áreas del estado nacional, comenzando por el despido de trabajadores y el cierre de áreas-. Sirva ante este panorama registrar que la ideología del mérito va acompañada de la interpelación individualizante que se ensaya en las propagandas oficialistas, como “el futuro depende de cada uno de nosotros” o el (doloroso para quien sólo ve las instituciones con el lente empresarial de los fines de lucro) “vacunate gratis”. Cuando se apela al plural, la responsabilidad del Estado se difumina, nombrándola dentro de un mismo sujeto donde se incluye a los ciudadanos “entre todos podemos más”. Ya en los primeros meses de gobierno se nos había advertido desde la vice presidencia que “el estado no puede ocuparse de lo que no le corresponde”, al mismo tiempo que se borraba de un plumazo el lenguaje de derechos en los ámbitos ministeriales como Salud y Desarrollo Social, Educación. En este contexto, la “cultura del esfuerzo” se invoca como un pilar de la restauración moral del individuo y su (parece que demasiado amplio) margen de expectativas de trato y contrato para con el estado. Esta línea de “cambio cultural” parece haber definido como propósito correr el margen de lo que es exigible al estado y lo que no, una medida urgente para comenzar a consolidar rupturas con el proceso político previo, que el establishment económico y financiero había definido como una “inflación de derechos”.<sup>3</sup>

En este punto arriesgamos un ejercicio hermenéutico. Recordamos las palabras de Stuart Hall sobre el giro en el sentido común al que se apostó en el gobierno de Thatcher y el ascenso del neoliberalismo en Inglaterra: “el estado de bienestar se ha ido para

2. (Si las mujeres se embarazan por un plan social, si el dinero de la Asignación Universal por Hijo “se va por la canaleta del juego y de la droga”, forman parte del “top ten” de consignas discriminatorias revestidas de dilemas morales por lo menos a partir del año 2009).

3. En Argentina, la “crítica al populismo” ha sido hegemonizada por economistas neoliberales, que han multiplicado su intervención en foros, libros, medios de comunicación, universidades privadas. La frase “inflación de derechos” fue pronunciada por uno de los disertantes en el contexto del seminario “Desenmascarando mitos populistas” en la Universidad del CEMA (Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina), del 18/11/15 en la Ciudad de Buenos Aires. Otras posiciones que allí se expresaron, agregamos, se alertaban por la difusión de la “pedagogía del oprimido” de Paulo Freire y la degradación moral y familiar que generan los planes sociales.

## PUNTOS DE VISTA

siempre. No podemos financiarlo. Nos hemos pagado demasiado a nosotros mismos, nos hemos dado a nosotros mismos demasiados trabajos falsos, hemos tenido demasiado tiempo de placer<sup>4</sup>. De hecho, es a Thatcher a quien debemos la declaración de que “el método es la economía; el objetivo es cambiar el alma”.

Por definición y por experiencia histórica, el neoliberalismo se impone como un pensamiento único detentado por los “saberes expertos” de la economía: la lógica de la mercancía como totalización de la vida, la maximización de ganancias, la eficiencia y la competitividad. En general, la entrada de la lógica neoliberal en el ámbito educativo se reconoce por medio de signos como la privatización, la injerencia de definiciones y recetas de organismos multilaterales, la consigna de “la educación en crisis”, la imposición de la cuantificación y la relación insumo-producto como medida de evaluación de la eficacia de las políticas educativas. Sin embargo hay que agregar que el neoliberalismo constituye un proyecto pedagógico en sí mismo, en el sentido de que configura dispositivos de construcción de subjetividad, algo que Foucault ha resumido como la “empresarización de sí” (mismo)<sup>5</sup>. Como ha dicho Bourdieu, el neoliberalismo no es solamente un orden de discurso sino una utopía que se alimenta de la avanzada totalitaria del darwinismo moral y el culto al winner, que “instaura como norma de todas las prácticas la lucha de todos contra todos y el cinismo”<sup>6</sup>. Es por ello que hay que reconstruir tendencias que van ganando terreno en los discursos públicos donde se instalan las avanzadas “meritócratas” en educación: se pone en agenda el control de los resultados educativos en términos cuantificables y de rendimiento, algo que ya estamos presenciando en el contexto argentino con la colaboración de la prensa dominante<sup>7</sup>.

A su vez, en las redes sociales se multiplican diversas reacciones a los eslóganes meritócratas y se parodia la insensibilidad de los funcionarios del gobierno<sup>8</sup>; se viralizan las críticas a los discursos mediáticos de los principales medios televisivos y gráficos donde se han comenzado a instalar cuestionamientos y sospechas sobre las personas que piden dinero en las calles o transportes públicos<sup>9</sup>. Pensado como un proyecto pedagógico totalizador, el neoliberalismo pertenece a lo que la antropóloga Rita Segato conceptualiza como un momento del capitalismo que requiere de sujetos insensibles y apáticos ante el sufrimiento de los otros: una “pedagogía de la crueldad”, concepto que esta autora ha acuñado para pensar el modo en que se banaliza mediáticamente la violencia hacia la mujer, cuando el público es “enseñado” a sospechar sobre las víctimas. En Argentina, ¿estamos siendo enseñados a desentendernos de los otros, a desconfiar de “los de abajo”, a justificar la desigualdad? Para responder esta pregunta vamos a dejar algunas observaciones planteadas. Primero, que el interrogante no se lanza en el vacío sino en un contexto de desmantelamiento del estado y destrucción de miles de puestos de trabajo formal en el sector público y privado, de pujas por la definición de la responsabilidad del estado en las condiciones de vida de las mayorías, de la muerte de trabajadoras estatales al momento de ser despedidas, como Melisa Bogarín<sup>10</sup>. Segundo, que la desconfianza hacia los de abajo viene explícitamente de las propias instituciones: valga para esto recordar los discursos presidenciales en los que se cuestionan los derechos laborales como “palos en la rueda” y se denigra la utilidad pública de los empleos estatales<sup>11</sup>. Compartimos la inquietud por el horizonte pedagógico de esta matriz discursiva que planteó el psicoanalista Jorge Aleman hace unos días<sup>12</sup>, propia de un gobierno educado exclusivamente para el management empresarial que parece tener como meta que las nuevas generaciones sean formadas para ser “tiburones”. Tercero, la promoción de la desconfianza “a los de abajo” no es contradictoria, sino complementaria, con una dinámica discursiva que se había venido instalando en los años de relativo protagonismo de las retóricas de derechos en Argentina. Los sostenidos debates en torno al merecimiento de los mismos se superponían con determinadas formas de visibilizar las demandas de algunos colectivos –como los indígenas,

4. Gramsci and us. (1987)

5. Foucault “El nacimiento de la biopolítica” 2007.

6. Traducción de Libardo González de un artículo de Pierre Bourdieu publicado en Le Monde Diplomatique “La esencia del neoliberalismo” [http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce35\\_11control.pdf](http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce35_11control.pdf)

7. “Advierten que hay 5 años de retraso escolar frente a los mejores del mundo”. Tapa del Diario Clarín, 22/08/16.

8. El ministro de Energía Aranguren manifestó que “las cuestiones sociales no tienen nada que ver conmigo” cuando se le intentó hacer ver las consecuencias del aumento desmedido de tarifas.

9. Diario Clarín “El oficio de dar pena en el subte” 23/08/16; Programa Zona Canal 9 “El negocio de mendigar”, Agosto 2016.

10. <http://www.lavaca.org/muioo/esto-no-se-olvida/>

11. Discurso presidencial en Joninagro, 24/08/16.

12. En el contexto de la clase inaugural del Seminario “Intersecciones discursivas: Psicoanálisis y Política. Problemáticas contemporáneas, neoliberalismo y subjetividad” en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 26/08/16.

los migrantes explotados en talleres textiles–, que sólo entraban en el discurso público dentro de la lógica “salvacionista”.

Cuando nos posicionábamos sobre esta cuestión, un año atrás, planteábamos el modo en que los discursos públicos legitiman determinados regímenes de visibilidad de las demandas colectivas, más cerca de la victimización que de la escucha de los reclamos y posicionamientos políticos de los colectivos como actores sociales legítimos. Sin embargo, pareciera que ya ni eso. En 2016, la promoción de la sensibilidad hacia los grupos más desamparados—entre ellos los niños, pero también los indígenas— no ocupa el mismo lugar protagónico en el debate público que el año pasado, mientras que el cuestionamiento a los derechos ha escalado hasta los estratos más altos del Estado. Vale agregar que el discurso del pluralismo —con el que ha rebautizado a la secretaría de derechos humanos de la nación—, se ejerce al mismo tiempo que los más altos funcionarios del gobierno reinstalan versiones sobre la dictadura que se aproximan al negacionismo del genocidio.

La multiplicación de casos de dengue al mismo tiempo que se desmantelaban sectores estatales clave de su investigación, y su combate en terreno; la marginalidad de la noticia sobre la maestra muerta por esta enfermedad en el distrito más rico del país —gobernado hace nueve años por la gestión que ahora gobierna la Nación— nos impone resaltar que este nuevo escenario ha desplazado el horizonte de lo exigible al Estado y las “urgencias públicas” motorizadas por la sensibilidad social, mediante una retórica que se nutre tanto del escudo periodístico como de la apropiación estratégica —es decir, la politización— de concepciones instaladas en el sentido común. Es en esta dirección que debemos mirar si nos proponemos disputar desde la defensa de la educación pública, popular y democrática, contra la pedagogía de los tiburones.